

Tiempo de gracia y misericordia

Carta Pastoral 2020 - 2021

Rafael Zornoza Boy
Obispo de Cádiz y Ceuta

Índice

| | |
|-------------------------------|---|
| Un comienzo de curso incierto | 4 |
| Aprender de la pandemia | 5 |
| Inmensa gratitud | 7 |
| Esperanza y colaboración | 8 |
| Creatividad pastoral | 9 |

Programación del nuevo curso

| | |
|--|----|
| Programación del nuevo curso | 10 |
| Pendientes de las normas | 11 |
| El Congreso de Laicos | 12 |
| Reflexión sobre un nuevo plan de trabajo pastoral | 12 |
| Los Consejos Pastorales Parroquiales | 13 |
| Cambio de mentalidad pastoral | 13 |
| Evangelizar en comunión | 14 |
| Atención a los necesitados | 16 |
| María, Madre de Misericordia, Madre de la esperanza, Consuelo de los emigrantes | 17 |

Queridos hermanos diocesanos, fieles del Señor:

Comenzamos un nuevo curso. Me dirijo a vosotros con toda confianza para señalar las propuestas, inquietudes y esfuerzos que vamos a compartir este curso, contando con vuestra colaboración, que tanto agradezco. ***“Comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno”*** (Hebreos 4,16). Vivamos la vida como un tiempo de gracia de Dios, por más que nos afecten los acontecimientos sanitarios que tanto afectan a la vida personal y social, convencidos de encontrarnos ante una nueva oportunidad para vivir nuestra fe y para evangelizar.

Un comienzo de curso incierto

Nos ponemos en marcha iniciando nuestros programas y trabajos en un momento incierto y cargado de interrogantes. Quisiéramos proyectar nuestro tiempo y actividad pero nuestro futuro es más imprevisible que nunca. Aún no hemos apartado de nosotros el temor de la pandemia. El coronavirus sigue causando heridas profundas y desenmascarando nuestras vulnerabilidades. Los difuntos y enfermos continúan aumentando en todos los continentes y la situación ha provocado problemas socioeconómicos, que afectan especialmente a los más pobres. No obstante debemos

hacer previsiones y programar la vida pastoral, la de las parroquias y delegaciones especialmente, y, sobre todo, pertrecharnos de ánimo para aprovechar el tiempo y afrontar los acontecimientos con disponibilidad y capacidad de servicio, confiando siempre en la ayuda de Dios y su amorosa providencia. *“Para los que aman a Dios, todo sirve para bien”* (Rm 8,28).

Aprender de la pandemia

La Covid-19 ha estremecido al mundo y nos ha hecho reflexionar. El edificio de la realidad virtual se ha desmoronado por completo. La crisis ha restablecido, aunque sea fugazmente, el interés por la verdad. **Hemos tenido que mirar de frente a la muerte, salir de la fantasía de una vida de apariencias donde no se piensa y se vive atolondradamente recurriendo a tópicos.** Se avivan nuestros sentimientos, en gran parte de miedo y de incertidumbre, pero también de compasión, solidaridad y gratitud. En primer lugar, hemos podido constatar de forma dramática que un pequeño virus puede revolucionar el mundo entero pero que sus consecuencias son aún más dañinas si nos encerramos en nosotros mismos y si prevalece la autorreferencialidad. El Papa ha recordado que *“en el sufrimiento y la muerte de tantos, hemos aprendido la lección de la fragilidad”*. Aún se sigue luchando, afrontando las dificultades sanitarias, económicas y sociales. No olvidemos a las víctimas del coronavirus. Recordemos a las familias que sufren por ello.

Estamos llamados *“a hacer nuestra parte”* y asumir las cargas de manera compartida más allá de la resignación o la nostalgia. Ante la presencia del mal y del dolor no existe la neutralidad. Todos **debemos aportar lo mejor de nosotros mismos para mejorar la situación en favor del bien común.** En el contexto de inseguridad que nos plantea esta enfermedad, nosotros podemos y debemos hablar de esperanza.

Seamos, pues, testigos de misericordia, portadores de sentido y de alegría para los demás. El enérgico mensaje del Papa Francisco en la Plaza de San Pedro tiene este sentido fundamental: en la barca de la humanidad está Jesús, sentado en la popa, y podemos tener confianza de que la tempestad no prevalecerá. La tragedia recuerda al hombre su condición de criatura y le obliga a plantearse, más allá de la urgencia diaria, las preguntas fundamentales de la vida. Desde un punto de vista existencial deberíamos cuestionar nuestra forma de vida, nuestras necesidades reales, nuestras verdaderas aspiraciones.

Deberíamos abrir nuestras mentes –preocupadas durante mucho tiempo por lo inmediato, lo secundario y lo frívolo– a lo esencial, como el amor y la amistad. No podemos alcanzar por nuestras fuerzas el significado de la existencia –con su belleza y dignidad, con su dureza–, pero sí podemos acogerlo como un don que nos llega desde fuera. «Nadie se salva solo», ha dicho el Papa Francisco. *“Pero Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir –estáis salvados por pura gracia–”* (Efesios 2,4).

¿Cambiará el mundo después de la epidemia? Nada cambiará a no ser que lo cambiemos nosotros. El Papa Francisco nos ha recordado en sus recientes catequesis que, además de encontrar la cura al virus, al mismo tiempo debemos *“curar un gran virus, el de la injusticia social, de la desigualdad de oportunidades, de la marginación y de la falta de protección de los más débiles”* (Catequesis del 19 de agosto de 2020). En esta *“doble respuesta de sanación”*, la opción preferencial por los pobres *“no puede faltar”*.

Inmensa gratitud

Mucha gente está dándolo todo por ganar la batalla al virus, en los hospitales, servicios públicos, agentes de seguridad, etc. Hemos vivido testimonios heroicos. También los sacerdotes, religiosos y religiosas han estado en primera línea. **La Iglesia no ha estado ausente, sino presente, y lo va a seguir estando.** Tenemos a Cáritas Diocesana, las Cáritas parroquiales con sus bancos de alimentos y roperos, conventos, residencias, hospitales, centros educativos y clubes gestionados por congregaciones religiosas. Las Parroquias siguen siendo la primera puerta donde llamar; asimismo lo están las cofradías, la Delegación de Pastoral de Enfermos, Juventud, Familia, Catequesis, Enseñanza, etc. aportando cuanto pueden, animando, fortaleciendo en la esperanza, proponiendo actividades benéficas.

Quiero agradecer a todos su dedicación, su entrega, su actividad, su vocación, su presencia en momentos tan complicados, de manera callada y discreta, con un testimonio sencillo y alegre, con imaginación, siendo cauce del amor de Dios y vehículo de la presencia de Dios en los sacramentos, llevando la Cruz y viviendo la caridad. Hay muchos modos de entrega heroica que hemos constatado que edifican la Iglesia y sostienen al Pueblo de Dios, aunque sin apenas relevancia social ni gran difusión en los medios de comunicación. El Señor recompensará a cada uno con largueza, como sólo Él sabe hacerlo.

Hemos comprobado, además, que el agradecimiento nos hace mucho bien. **Experimentar nuestra debilidad nos lleva a la humildad y a agradecer el bien desinteresado que recibimos. Cultivemos la gratitud.** La pandemia ha servido a muchos para valorar cosas que antes pasaban inadvertidas, a disfrutar de las oportunidades que nos ofrece el Señor cada día. Jesús nos educa a sus discípulos en la escuela de la acción de gracias que supera la competitividad con bondad y entrega.

Esperanza y colaboración

La Iglesia quiere continuar haciendo lo que siempre ha hecho: estar con quien más lo necesita en el momento que más lo necesita, estar presente atendiendo las necesidades materiales y espirituales. Aunque la emancipación sea una quimera de la modernidad y el hombre actual rechace cualquier dependencia, sabemos que nuestras libertades están entrelazadas, como se ha podido comprobar. Quisiéramos, pues, seguir aportando calor humano en los duros momentos de soledad de los moribundos y sus familiares, ser el consuelo de sus almas y abrir horizontes de esperanza. **Renovamos nuestro deseo de seguir junto a los enfermos, facilitarles la unción, rezar con unos y con otros, haciendo lo posible por llegar a todos los lugares.** La Iglesia no está ausente, está en su sitio, con los más necesitados, con todos, pues todos necesitamos a Dios.

Esta ocasión nos exige como cristianos ser especialmente espirituales, sensibles, conscientes y libres. La Pontificia Academia para la Vida ha publicado recientemente un documento titulado: *“Humana communitas en la era de la pandemia: consideraciones intempestivas sobre el renacimiento de la vida”*. Este documento nos alienta a ello reconociendo primero todo el sufrimiento que ha generado la pandemia, pero sin olvidar por ello las posibilidades que se nos brindan si nos reconocemos como administradores, no como amos y señores. Debemos reconocer la vulnerabilidad como algo positivo si nos hace capaces de volvernos más compasivos y cooperadores –todos juntos– en la resolución de problemas comunes. La compasión divina ha de promover entre nosotros una *“ética del riesgo”* que nos haga más comprometidos con los demás y actuar en comunión, restaurando la evidencia de esta pasión de Dios por la criatura humana y su mundo, y relanzar una nueva visión de un humanismo fraterno y solidario de las personas y de los pueblos.

Una vez más, la Iglesia está llamada a ser escuela de fraternidad y que nuestro amor mutuo, siempre exigente y gratificante, se proyecte en la sociedad en que vivimos.

Creatividad pastoral

Las circunstancias de los meses pasados nos han obligado a replantear muchas cosas. Una vez más la *“imaginación de la caridad”* ha sido el motor para que sacerdotes, consagrados y laicos hayan buscado nuevas fórmulas para no abandonar a los fieles. Ha sido admirable la creatividad para procurar la catequesis, diversos encuentros, el acercamiento de la liturgia y de los sacramentos, etc. Se puede decir que se han estrechado muchos vínculos comunitarios en parroquias y comunidades y se han mantenido gran parte la programación.

Hemos de estar preparados tanto para ofrecer como para acoger estos modos nuevos de hacer pastoral si las circunstancias así lo demandaran. **Invito, por tanto, a todos los responsables de la pastoral –tanto sacerdotes como laicos o consagrados–, a disponer cuanto sea necesario para que la comunidad cristiana pueda ser atendida con generosidad en este posible escenario.** Insto sobre todo a las Delegaciones Diocesanas a ofrecer esta ayuda y proveer de estos medios a cuantos lo puedan demandar.

En toda circunstancia intensifiquemos nuestra relación con Dios para que se fortalezca nuestra fe y se manifieste en el testimonio de la caridad. La oración nos da fortaleza, nos hace intercesores preocupados por los demás, más responsables. Pero nos une a la fuente de la Vida que nos llena de esperanza para transmitirla como canales para llegar a todos.

PROGRAMACIÓN DEL NUEVO CURSO

Programación del nuevo curso

A causa del confinamiento y la pandemia fueron anulados muchos encuentros y se trastocaron las fechas previstas, entre otras, las de los sacramentos de iniciación cristiana. Muchos párrocos han ofrecido diligentemente nuevas oportunidades. En otros casos, están aún pendientes primeras comuniones, confirmaciones, etc. Es conveniente buscar los momentos próximos más viables de acuerdo con los interesados y sus familias, aunque convenga modificar algunos usos y costumbres de otros años en situación de normalidad.

El Calendario Pastoral de la diócesis está a disposición de todos, lo que quiere decir que se mantienen las distintas jornadas diocesanas a lo largo del curso, las festividades, encuentros sacerdotales, etc. así como la programación que cada arciprestazgo tenga previsto preparar. Junto a la programación que cada delegación diocesana ha de hacer para llevar a cabo su misión pastoral, las parroquias mantendrán, como siempre, su actividad basada en el culto y los sacramentos, en la catequesis, la evangelización y en la caridad.

La **programación diocesana general mantendrá este curso el apoyo a los nuevos métodos de evangelización iniciados** y volverá a ofrecer la Escuela de Evangelizadores que tanto bien ha hecho en anteriores ediciones, así como una nueva Jornada de Renovación Pastoral. Estos encuentros han sido valiosos instrumentos para avanzar en la evangelización, que es el fin de la Iglesia, y han estimulado entre nosotros esfuerzos e iniciativas que hacen posible transitar caminos nuevos para ser fieles a la llamada imperiosa de la Iglesia actual en este cambio de época. **Cuidemos especialmente los métodos de primer anuncio** que venimos acrecentando desde hace tanto tiempo, como

los Cursillos de Cristiandad, las Cenas Alpha, Oratorios Infantiles, Life Teen, los Retiros de Emaús, los Cenáculos y Catecumenados, las Misiones Populares, etc., instrumentos valiosísimos para profundizar en nuestra fe y para ofrecerla de modo convincente a los demás. Demos un **nuevo impulso al Instituto Diocesano de Teología para Laicos** que ofrece en la diócesis una labor tan eficaz y competente para profundizar en la fe. Este curso abre sus puertas a los hermanos de cofradías con una oferta de formación característica que ha de ser de gran provecho para vivir y ofrecer la experiencia cristiana a través de la piedad popular, siguiendo las claves que les propuse en mi exhortación pastoral el pasado mes de enero.

Pendientes de las normas

A causa de la pandemia y del tiempo de confinamiento hemos estado pendientes de las normas decretadas por el gobierno de la nación y las administraciones regionales o locales. También nosotros, con absoluta responsabilidad, hemos dispuesto en cada momento lo oportuno para la celebración de los sacramentos, la catequesis y, en general, la vida pastoral. Es obvio que hemos de seguir respetando y cuidando responsablemente las normas de higiene, distanciamiento, etc. y cuantas en el futuro nos puedan obligar. En el momento oportuno, y si es necesario, posiblemente habrá que orientar de nuevo a los fieles sobre sus obligaciones en la comunidad diocesana, con total respeto a las necesidades y derechos de todos. Estoy convencido de que serán secundadas con la misma madurez y responsabilidad como se ha hecho anteriormente.

El Congreso de Laicos

Si algo marcó positivamente el curso pasado la vida nacional y diocesana fue el **Congreso de Laicos** celebrado en Madrid. Tanto su preparación como su realización fueron una fuente de ilusión que había que trasladar a toda la diócesis, en un momento en que se reflexionaba para avanzar en una nueva programación pastoral. El confinamiento truncó lamentablemente la comunicación posterior que ahora quisiéramos retomar. Tendremos oportunidad de hacerlo en la **Asamblea Diocesana programada para el próximo sábado 24 de octubre**, completando el trabajo anterior y abriendo horizontes para la renovación pastoral en la que estamos empeñados para llegar a ser “Iglesia en salida”.

Reflexión sobre un nuevo plan de trabajo pastoral

Estamos haciendo un camino de sinodalidad, manifestando en nuestro compromiso la hondura de nuestra fe, superando la autoreferencialidad para compartir una meta común. Esta experiencia nos educa en la sensibilidad de una Iglesia abierta y comprometida, que ha de ser capaz de afrontar la misión que el Señor le confía en la historia. Llevados por la belleza de la Palabra a la belleza de la libertad que sabe decir “aquí estoy”, hemos de ser capaces de construir juntos, compartir, trabajar en equipo, experimentando así la sinodalidad. El corazón de la Iglesia y el corazón de los creyentes, de hecho, alcanzan su mutua madurez cuando son capaces de comprometerse junto con otros y para otros.

Los Consejos Pastorales Parroquiales

En la programación del curso pasado se proponía profundizar en una reflexión que anteriormente fue motivo de debate y aportaciones en las reuniones sacerdotales y en el Consejo Presbiteral en vistas a elaborar un nuevo proyecto de pastoral para la diócesis en los próximos años. Debería haber pasado después por las parroquias recabando la reflexión de los fieles a través de los Consejos Pastorales Parroquiales, enriquecidas por cuantos agentes de pastoral. Son pocas las comunidades que han podido hacerlo con las dificultades del confinamiento. Este ha de ser, pues, nuestro primer trabajo, enriquecido por las ricas aportaciones del Congreso de Laicos citado anteriormente. Confío que podamos llevarlo a cabo diligentemente al comienzo de este curso de modo que se pueda publicar dicho proyecto en el segundo trimestre, fruto en lo posible de las aportaciones de todos, y así avanzar con objetivos claros adecuados a las condiciones actuales que determinan propuestas adecuadas de evangelización.

Cambio de mentalidad pastoral

Los cristianos debemos escrutar los signos de los tiempos, como lo hicieron los profetas, y aportar la luz de Dios para reconocer en los acontecimientos la llamada del Señor. En este discernimiento nadie puede dudar hoy del cambio de mentalidad pastoral que debe guiar en adelante la evangelización de nuestra sociedad. Está en juego la transmisión de la fe a la siguiente generación. Formamos parte de un mundo en el que el cristianismo que vivimos en nuestra infancia, adolescencia y juventud ha dado paso a una verdadera transformación cuyos resultados finales estamos lejos de ver. En todo caso, de nada sirve suspirar por el pasado que ya no existe. Más bien

hay que ponerse en marcha como verdadera comunidad de fe, que en la fe espera y se prepara pacientemente sembrando los procesos de un nuevo comienzo.

Los creyentes estamos llamados hoy a experimentar lo “provisional” inherente al cambio de época, con audacia y sin angustia, sin renunciar a tener claros los puntos clave de nuestra fe, sin más intereses que los de Cristo, que lo hacen humilde y desinteresado. Pero necesitamos otros “mapas”, otros paradigmas, que nos ayuden a repositionar nuestras formas de pensar y nuestras actitudes, necesitamos un cambio de mentalidad pastoral (cf. Francisco, discurso a la Curia, 21 de diciembre de 2019).

Evangelizar en comunión

El Espíritu Santo es el protagonista de la evangelización y el artífice del crecimiento de la Iglesia. Es Él quien abre el corazón de los creyentes para comprender la verdad de Cristo y lo transforma para que el perdón recibido pueda convertirse en experiencia de amor por los hermanos. Jesús nos trae la salvación para que todos tengan vida y la tengan en abundancia (cf. Jn 10,10). **La Iglesia participa de la misma misión de Jesús y lo hace proclamando la Palabra y testimoniando cuanto cree y espera, celebrando los sacramentos y ejerciendo la caridad. Pero es necesario saber hablar al corazón de los hombres de hoy, con obras y palabras, para poder abrirse al Misterio.** Debemos esforzarnos por convertir las parroquias en lugares de encuentro y fraternidad, y vivir una solidaridad cristiana que nos hace corresponsables unos de otros, acompañando a cada cual en su situación y necesidad. Precisamente por eso han de ser escuelas de oración que posibiliten el encuentro con Cristo desarrollando la vida espiritual de los fieles, tanto en la piedad personal como en la oración comunitaria.

Para los sacerdotes es vital actualizarse continuamente a través de la **formación permanente**. Estamos llamados a una profunda revisión de vida sobre nuestro testimonio y nuestro modo de ejercitar el ministerio. La conversión pastoral atañe a todos, a los pastores y también a laicos y religiosos. No podemos seguir haciendo lo mismo de siempre sin tener en cuenta las “sorpresas del Espíritu” que se manifiestan en este tiempo. La comunión es el signo de la presencia de Dios, uno de los valores imprescindibles para que nuestros trabajos den fruto. Su pérdida o ausencia constituyen una de las carencias más graves que, por añadidura, hacen infecundo el apostolado. No se trata de vivir entre nosotros con una simple coordinación propia de cualquier empresa organizada, sino de vivir unidos en la fe y en la caridad con un amor sincero que se traduce en docilidad, espíritu humilde de colaboración y de mansedumbre filial para emprender los trabajos compartidos. Se trata de esa unión que pide el Señor al Padre y que es signo de la acción del Espíritu Santo en medio de nosotros, que requiere apertura y desprendimiento de sí con sentido sobrenatural.

El Señor quiere que seamos los primeros que mostremos en nuestro estilo de vida el perfume de Cristo, la familiaridad con el Señor y la cercanía misericordiosa y llena de ternura, caminando delante, en medio y detrás del propio pueblo marcando el rumbo y la meta de ese camino, como testigos de una comunión que confluye en la misión y que acoge a todos en la caridad y se solidariza con los que cargan con pobreza y sufrimientos. Aprovechemos, pues, nuestros encuentros, impulsados notablemente el pasado curso, aún a pesar de la pandemia, para rezar, compartir, impulsar la pastoral y apoyarnos en todo personalmente como apóstoles en torno al Buen Pastor.

Atención a los necesitados

Nada hay tan presente en la opinión pública como la crisis económica derivada de la situación de pandemia. Hemos comprobado ya el aumento considerable de quienes acuden a Cáritas pidiendo ayuda para subsistir.

El Señor se ha identificado con los pobres y los trata con predilección. **Estemos también nosotros pendientes de los necesitados presentes y futuros, con especial atención a Cáritas**, donde la Iglesia diocesana se desvive por cuantos necesitan nuestra ayuda. Hemos de reconocer que nuestra sensibilidad cristiana nos ha hecho estar siempre dispuestos a compartir, dando testimonio de la caridad evangélica con la comunicación cristiana de bienes. Que, de nuevo, permanezcamos atentos para ser solidarios invitando a toda la sociedad a colaborar generosamente en favor de las personas que sufren.

A los seguidores de Jesús se les reconoce por su cercanía a los pobres, a los pequeños, a los enfermos y a los presos, a los excluidos, a los olvidados, a quien está privado de alimento y ropa. Este es un criterio clave de autenticidad cristiana. La fe, la esperanza y el amor necesariamente nos empujan hacia los más necesitados, que *“va más allá de la pura necesaria asistencia”*, que implica de hecho el *“caminar juntos, el dejarse evangelizar por ellos, que conocen bien al Cristo sufriente, el dejarse ‘contagiar’ por su experiencia de la salvación, de su sabiduría y de su creatividad. “Dios nos invita a colaborar con Él y, como discípulos de Jesús, médico de las almas y de los cuerpos, continuar con su obra de curación y de salvación, en sentido físico, espiritual y social”* (Catequesis del 05 de agosto de 2020).

No perdamos la reverencia ante la muerte ni el acompañamiento

a los fallecidos, que es una obra de misericordia. No podemos ser insensibles. **Debemos orar por los difuntos con sus familiares, encomendarle al Señor y consolar a los deudos con la verdad de Dios que es misericordia infinita y nos da las claves del sufrimiento y del dolor para superar la prueba.** Es una obra de caridad esencial. Estemos igualmente atentos desde las parroquias a los enfermos, a los ancianos y cuantos sufren la soledad.

***María, Madre de Misericordia,
Madre de la esperanza,
Consuelo de los emigrantes***

Comencemos este curso implorando a la Virgen María, Nuestra Señora. El Papa Francisco ha querido incorporar a las Letanias Lauretanas tres nuevas advocaciones con las que también nosotros la queremos invocar. A las ya conocidas, el Papa ha decidido añadir: **Mater Misericordiae, Mater Spei y Solacium migrantium**, es decir: “Madre de la Misericordia”, “Madre de la Esperanza” y “Consuelo” pero también “Ayuda” de los migrantes. Estas invocaciones a la Virgen son muy importantes para los que sufren por Covid-19 y también para los migrantes que han dejado su tierra.

Son oraciones nacidas de los “desafíos” de la vida que tienen una fuerte conexión con los momentos actuales de la Iglesia y la humanidad. Por todo ello recurrimos a la Virgen, llenos de afecto y confianza. La Virgen María es camino privilegiado y seguro para el encuentro con Cristo. También en el tiempo presente, atravesado por motivos de incertidumbre y desconcierto, acudimos devotamente a ella, llenos de afecto y confianza.

Si llamamos a María *Madre de misericordia*, no sólo decimos que Ella es compasiva, amorosa o tierna, sino que también estamos afirmando, que Ella es realmente la Madre de quien es la Misericordia, el Amor (cf. 1 Jn 4,16), porque el amor de Dios se ha manifestado en que ha enviado a su Hijo para salvarnos (cf. 1 Jn 4,9) y nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos (cf. Jn 15,13). Al recordar en el tiempo actual que esto es una realidad innegable, mucho consuelo llega a nuestro corazón.

Invocar a María como *Madre de la Esperanza* en estos tiempos difíciles en los que podemos tener pensamientos de desesperación, podemos sentir que María es Madre y está cerca de nosotros. La Virgen María es la Madre de Aquel que no nos defrauda (cf. Rom 5,5), porque no nos ha dejado huérfanos, se ha quedado con nosotros y nos anima por medio de su Espíritu (cf. Mt 28,20).

Recordarla como *Consuelo de los migrantes* es fruto de uno de los mensajes más importantes de Francisco en la defensa de su dignidad invitándonos a tener más presente este drama en la petición y en la propia vida. El Santo Padre ha incidido siempre en el deseo de que la Iglesia fuera a las periferias con los más necesitados y muchas veces descartados, denunciando “*la globalización de la indiferencia*”. La Madre o ayuda de los migrantes nos remite sin lugar a dudas a la huida a Egipto (cf. Mt 2,13-23) donde María la Madre de Jesús, junto San José, deben huir a tierra extranjera para custodiar al Hijo de Dios. La familia de Nazaret hace experiencia de migrantes, refugiados y necesitados. Dios hecho carne, hace esta misma experiencia. María lo carga en sus brazos. Hoy Ella lo sigue haciendo, en todas las latitudes del mundo donde miles de personas huyen de sus países, sea por persecución política o por la búsqueda de nuevas oportunidades de trabajo y condiciones más dignas para vivir.

También nuestra diócesis conoce de cerca a estos necesitados y se solidariza con su sufrimiento, sin olvidar que todos somos migrantes en la vida, de paso hacia nuestra patria del cielo, peregrinos hacia la Santa Jerusalén eterna, para gozar de la inseparable comunión con Cristo, Esposo y Salvador de la Iglesia. De este modo recorreremos los caminos de la historia “*en este valle de lágrimas*” encomendándonos a Aquella que creyó en la palabra del Señor.

Los discípulos de Jesús aprendieron, desde el principio, a alabar a la “bendita entre las mujeres” y a contar con su intercesión maternal. Miremos a la Madre de Dios con afecto y confianza, sobre todo en estos tiempos de pandemia que han sumido al mundo entero en incertidumbre y desconcierto. No estamos solos, Ella es la Madre que camina con sus hijos. Cada vez que la invoquemos, dejemos que estas letanías hagan eco en nuestra alma. Así sembraremos misericordia y alcanzaremos esa paz que de la cual el mundo está sediento.

“Que la gracia del Señor Jesús esté con todos” (Apocalipsis 22,21).

Os bendigo a todos con afecto

+ Rafael, Obispo de Cádiz y Ceuta

